

## Las luciérnagas de lo breve, lo extraño y lo imaginativo

Ángel Olgoso

Escritor

Durante aquellas eternas tardes entre la vega y el secano, alborotados por la sangre joven, azuzados por la libertad del verano, corríamos de un lado para otro como trompos ligeros, dábamos saltos como gorriones que van a echar a volar, pirueteábamos como virutas despedidas de la garlopa de un carpintero, perseguíamos vilanos, vigilábamos trampas de liria, destapábamos culebras, picoteábamos zarzamoras, nos atrincherábamos en los maizales, partíamos cañas por la mitad en busca de gusanos, saltábamos acequias lanzando silbidos terribles, arrancábamos juncos para entablar ridículos duelos de espadas tiernas y cimbreantes, tirábamos chinas contra los grajos y piedras grandes como membrillos contra los secaderos de tabaco.

Perdida la noción del tiempo, embriagados de licor de sol, llevados en volandas por un aire inmóvil con fragancias de mastranzo y pajuelas secas, planeando sobre un silencio de siesta roto solo por las chicharras y algunas esquilas de ovejas, culebreábamos en el agua verdosa de la Charca de la Viña, escalábamos riendo la Cruz de los Cigarrones, explorábamos entre bufidos el empinado Cerrillo del Tesoro y el barranco hondo de El Salado, nos tendíamos despreocupados en la umbría de las piedras romanas de la Atalaya, alcanzábamos dulzonas brevas pajareando en higueras que, como nosotros, no pertenecían a nadie.

A lo largo de la jornada, el sol había dado de plano en los pelados eriazos del secano en sus lomas y recuestos, en sus lienzos de almendros y olivos tripudos, y ahora, como si una nube de lento paso arrojara su sombra leve encima de la vega, el día empezaba a morir mansamente arropado. La luz había dorado sin clemencia la tierra, y ahora la iba velando de jugoso rojo, impregnando de manchas cárdenas las hazas, los caminos y las eras. El sopor se esfumaba, se alargaban los contornos, los plantíos aventaban una fina brisa frutal, bienoliente, el ascua del cielo se debilitaba poco a poco hasta que en aquel tránsito a lo oscuro casi no había distinguos. Única-

mente el sereno avance de la noche lograba detener las ínfulas de movimiento perpetuo de nuestras correrías. Con churretes de sudor en las mejillas coloradas, sentados por fin en los terrones de los balates, o de pie con las piernas bien separadas y las manos en los bolsillos descosidos, mirábamos todos hacia el lugar convenido, acechando como juramentados y sujetando una brizna de hierba entre los labios. Más allá de la Acequia Gorda, bajo del cerro que verdeaba todavía en aquella época del año, esperábamos cada tarde el milagro. Un portento que no podíamos entender y que tomaba parte en nuestras vidas, policromándolas con una emoción titilante y misteriosa.

Ahí nos quedábamos, muy quietos, en el centro del mundo, los corazones ancheados, los ojos dispuestos al asombro, como si estuviera a punto de descender sobre nosotros una estrella o fueran a abrirse, de par en par, las puertas del País de los Sueños. Entretanto, una tras otra, cientos de pequeñas linternas comenzaban a encenderse y a llenar el horizonte de la vega de delicadas señales intermitentes, como brasas de los cigarrillos de nuestros abuelos reunidos en sigiloso cónclave, como pupilas innumerables que refulgieran parpadeando en la noche. Aún no era cerrada, pero los destellos prendían puros como diminutas tulipas de cristal en la creciente oscuridad. Nos parecía que aquellos fanales de cuento de hadas cambiaban de modo fantástico, que tan pronto se aproximaban como se espaciaban de nuevo, que iniciaban un diálogo luciente, alegre, confidencial por el cual se nos arrebatava a regiones desconocidas, por el cual sentíamos nostalgia de algo que no había existido nunca, de cosas amables y frágiles, de alegrías sencillas e inocentes. El efecto, mirando absortos a través de la penumbra, era el de una cinta viviente de brillos quebrados, el de un mar abigarrado de espejuelos que se dispersaban en mil chispas, el de una lluvia de plata que levitara ante los sembrados. No acabábamos de admirarnos de esa visión que poseía algo de pátina fosfórica, de intensidad lunar. Embobados por la claridad líquida en la que hervían aquellos puntos movedizos, nuestra respiración se aquietaba y nuestros dedos se encogían, sin que lo advirtiéramos, dentro de las sandalias de goma. Aquella risueña insinuación de otra realidad que atravesaba el espacio hasta nuestros ojos maravillados –donde viviría para siempre sin consumirse–, parecía anunciar una plenitud inefable, un júbilo confortador. Todos nuestros pensamientos estaban suspensos en la sensación de aquel sitio: nimbado por tenues llamitas rientes que pigmentaban la vega y la noche con su bruma lumínica, evocaba vagamente algo bello y distinto, una vida secreta de raros y efímeros instantes.

Puede que el resplandor de los gusanos de luz fuese fugaz, pero dejaba en el

espíritu una especie de mágico encantamiento, de sorpresa cautivadora y latente, de paisaje de otro mundo. Puede que las luciérnagas desaparecieran, hace décadas, de la orilla hoy ciega de la vega pero, como quien pierde el rastro de un objeto precioso o una vez se abrasó de amor, como quien saborea en el recuerdo la extinguida gama de lejanos momentos felices, sus lucecitas dulces y centelleantes aún laten en la oscuridad con el ritmo de los sueños, aún hacen que el corazón se oprima con una inquietud indefinible, como si hubiera asistido a una operación prodigiosa de la naturaleza.

La evocadora, la fascinante irradiación de aquellas luciérnagas en las remotas noches de verano ha iluminado no solo el cuadro de todo lo vivido sino también la soledad de tres décadas y media de escritura. Como a los mismos insectos, nos atraen las luces en la oscuridad. De hecho, igual que hacíamos linternas con aquellos gusanos de luz, las luciérnagas de lo breve, lo extraño y lo imaginativo avivaron el fuego ceremonial de los cuentos otorgándole facetas mágicas y destellos reveladores, me ayudaron a descubrir lo que la ilusoria luz del día oculta, a crear –con mayor o menor fortuna– una realidad que fuera posible afrontar, a enriquecerla y a aumentar sus goces. Nada ha conseguido evaporar el fresco pero fulgente misterio de aquellas luminarias que me abrieron paso, en la oscuridad, a las formas móviles de lo onírico, a una literatura de imaginación que aspira a superar los lindes de lo común, a presentar enmiendas a los planes de la Creación, a poner un pie en otros mundos.

La brevedad, en mi caso, es el triunfo de la querencia, o de la manía, sobre la propia voluntad. Igual que nace uno delgado o grueso, alto o bajo, hay quien gusta de quedarse corto o decir lo suficiente a decir demasiado; hay quien prefiere las miniaturas a los grandes frescos, las ascuas a las hogueras, los elixires a las barricas, los dardos a los cañones; manejar el pincel a la brocha; inventar mecanismos narrativos de alta precisión; mostrarse cortés con el lector y no acumular sobre sus hombros los pesados fardos de genealogías interminables, tiempos muertos y detalles intrascendentes; conseguir ese alborozo minúsculo de destilar alquímicamente una historia; condensar un instante que a la vez sea eterno –como ocurre con el haiku–; encontrar la médula de un tema y traducirla a palabras, escogiéndolas como si se tratara de poesía para que todo, incluso lo trivial, cobre trascendencia; lograr el hechizo de una pieza viva a través de la tensión y la concisión; la proeza de que el lector lea como quien nada bajo el agua sin respirar. Solo la brevedad es impecable, escribió Kafka. Granada ama lo mínimo, escribió a su vez García Lorca. Quizá deba a mi condición de granadino el gusto acendrado por las piezas breves y cuidadas, por la decantación de las palabras, por las miniaturas cuyo cedazo solo deja pasar lo primordial, por el deseo de

empequeñecer el orbe para poder abarcarlo o encerrarlo en una botellita, por las formas arduas y sus emboscadas rápidas y limpias, por la exigente orfebrería de lo pequeño y su prosa burilada, esa taracea del que compone paciente y milimétricamente tesela a tesela, por la labor del humilde labrador que acude cada mañana a su huertecito y remueve un poco la tierra con la azada, en contraposición a los grandes latifundistas de la novela que cultivan cientos de hectáreas con su flota de máquinas cosechadoras. Qué duda cabe que a algunos nos atormenta la misma y maldita ambición que a Joubert, el amigo de Chateaubriand, la de “resumir siempre un libro en una página, una página en una frase y esa frase en una palabra”.

Ante un texto breve, el creador que aspira a la perfección y siente que su obra está inacabada, puede acercarse a ese ideal y minimizar el sufrimiento que conlleva la creación. Ese creador sabe asimismo que en la variedad proteica de lo breve, que en el corpus fragmentado de un libro de relatos en el que cada texto debe valerse por sí solo tendrá difícil conseguir un mundo propio, una voz inconfundible, un personaje inmortal. En ese sentido, el que mira es en ambos casos un curioso, ávido de todo, sin embargo el que cuenta –aun siendo la misma persona– es alguien de pocas palabras que desea dejar solamente la esencia, suscitar interés a través de un tempo distinto y de una prosa de vibración calculada, evitar los lugares comunes, buscar lo singular; que abomina de las novelas que, según Stevenson, no son más que chismes y a las que, según Clarín, les vendría bien una huelga de fabricantes de papel. El relato –una forma narrativa discreta y sin exceso de equipaje, rigurosa, a menudo cerrada sobre sí misma como una esfera que potencia hasta el vértigo sus mínimos elementos– es un campo de batalla idóneo para que lo insólito o inquietante no se diluyan con el paso de las hojas, y debe aspirar a ser alta literatura, comprometida con la exactitud, con la belleza y el deleite, con la dignificación y la estimulación intelectual de los lectores. Si el pecado de la longitud excesiva es imperdonable, no lo es menos es de la brevedad por la brevedad que corre el peligro de degenerar en la ocurrencia, en lo epigramático, en “literatura de azucarillo”, o en esas manifestaciones fundamentalistas de lo breve como son, en Sudamérica, la OBB (Orden de la Brillante Brevedad), en México la Triple-C (Cofradía del Cuento Corto) o en España la Logia del Microrrelato, todas con sus guardianes, firmes e insobornables como aquellos dragones que custodiaban las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides. El corolario de todo esto sería que, entre la vida abreviada de los relatos en miniatura y la espesa selva de columnas salomónicas con pámpanos y acantos de las novelas –dos paradigmas literarios que con frecuencia duran lo que una exhalación de vaho en un cristal– debe situarse el

relato que tenga el peso justo por lo que comunica, independientemente de la extensión: si posee proporciones y armonía, tendrá vitalidad. *In medio tutissimus ibis*. Es cierto, como apuntó Nabokov, que entre las dos fechas de una lápida se agradecen los detalles, pero también que la distancia más corta entre el hombre y la verdad es un cuento.

Si percibimos la brevedad –y su búsqueda de lo esencial– como una decisión estética o un modo de concebir el acto creativo, la extrañeza denota un estado, un clima, una cualidad furtiva, un halo de incertidumbre que proyecta la obra en torno suyo y permite al lector experimentar un acceso a lo inesperado, el placer de levitar, felizmente ajeno al peso de la costumbre. Ya Casanova observó que la facultad de ver la verdad solo se aviva en los seres humanos a través de un sobresalto o convulsión. No obstante esa capacidad humana de despertar y acceder a otro nivel de conciencia puede estimularse, tal vez más eficazmente, si lo anómalo o se hacen solubles en lo común, si se siembra la duda en el lector sobre la verosimilitud de lo narrado y el asombro se alinea con naturalidad en el friso de lo habitual. No es preciso darle la vuelta a la realidad únicamente en espacios exóticos o mediante sortilegios y azares insospechados, lo familiar favorece de igual forma lo imprevisto y lo fatal, y de manera más terrible por cercana e inesperada. En ese capítulo de *Castilla* de Azorín, en que el viajero llega a una posada de noche y siente que tiene miedo de morir en cualquier sitio de aquella inmensidad, y a la mañana siguiente despierta y ve la luz en la ventana, descubrimos las cosas tranquilas de la vida y su perturbación. Como bien dice José María Merino, la literatura debe hacer la crónica de la extrañeza. Sí, quizá sea esa una condición indispensable para que los artistas puedan considerarse como tales el hecho de no ver nunca las cosas como son, de persuadir a sus semejantes a mirar más allá de la rutilante pero fina y engañosa piel de la realidad –si es que tal cosa existe–, de inocularles una desazón irresoluble, una perplejidad no exenta de nostalgia por un mundo distinto al que nos toca vivir. Desde niño, cuando el deleite impregnaba cada lectura, cuando era tentado irresistiblemente por cada nuevo descubrimiento, cuando abrir un libro era como acercar una antorcha a un bajorrelieve en el fondo de una cueva, cuando mis ojos no saciados conferían a cualquier biblioteca o librería el aura de una gruta de Aladino rebosante de tesoros y prodigios, me fui acostumbrando, sin saberlo, a que solo lo extraño me resultara familiar. Pronto sentí predilección por las historias extraordinarias, desaforadas, especulativas, visionarias, enemigas del día, por los desvaríos de la percepción, por los gabinetes de maravillas, por el lado de la sombra en definitiva. Pronto busqué con fruición entre las páginas

de un libro la inminencia de la sorpresa, del esclarecimiento, del final del delirio, todo aquello con una luz propia e inusitada, todo aquello que suscita extrañeza: una mera intuición, una amenaza latente, un vértigo, una fantasía de los ojos cansados, la sensación de hallarse en un país extranjero, un latir inesperado, un escalofrío como cuando presenciamos un eclipse o presentimos que hay alguien detrás de nosotros que no puede estar allí.

En nuestro país, desafortunadamente la sombra de Sancho Panza sigue siendo muy alargada: desde su arranque la Historia de la Literatura española relegó lo fantástico a un segundo o tercer plano, eclipsado por lo *genuino español* –la picaresca y el realismo a ultranza–; todo lo que postulara excepciones al orden de lo real, difuminara esos límites que hemos construido para acotarlo o mostrara supuestos visos de irrealidad, era relegado al curso lateral de la Historia. Aquí nunca se ha mostrado tanto respeto por lo raro, por la unción de sueño y vigilia, por el encabalgamiento de lo probado y lo improbable, por los autores que tendieron sus hilos en una geografía imaginaria como lo ha hecho, por ejemplo, la tradición inglesa, abierta a obras singulares, a atmósferas nimbadas de recónditos arcanos, a talentos extravagantes y a géneros narrativos alejados de la célebre representación de la vida ordinaria de cada día. ¿Acaso lo extraño no es una condición previa y propia de la literatura? ¿Acaso hay algo más extraño que aquello que consideramos normal? El hecho de que vivamos en una espesa de polvo que fluctúa alrededor de una pequeña estrella en el rincón de una de las millones de galaxias del universo, el hecho de que cada uno seamos un sujeto con un cuerpo particular compuesto, en esencia, por un tubo digestivo del que brotan cuatro extremidades más un mollejo gris que rige el conjunto resulta, cuando mínimo, turbador. Podría considerarse incluso que cada nacimiento es, en puridad, una aparición por la que nos volvemos temporalmente visibles y que, al final de nuestras vidas nos transformamos de nuevo en fantasmas. Por no hablar de la tenue línea que separa la cordura de la locura, el azar de la fatalidad, el sueño de la pesadilla. Para Chesterton, la existencia es tan preciosa como desconcertante. Y otro británico, el físico Arthur Eddington, estaba convencido de que la vida puede ser no solo más extraña de lo que imaginamos, sino también más extraña de lo que podemos imaginar. Un pez en el océano cree que todo lo que existe es agua, pero nosotros sabemos que hay otros universos sin tener necesariamente que verlos o visitarlos. De hecho, a diario nos llegan pruebas de que los sentidos nos mienten, de que lo extraño se esconde en lo cotidiano, en todos los aspectos de la naturaleza, y de que comienza aquí, en plena realidad. Diríamos con el añorado Álvaro Cunqueiro, aquel

dulce escribano que declaró con valentía que el hombre precisa beber sueños como quien bebe agua, aquel juglar cordial que veía el prodigio como alfa y omega de todo, que las cosas, además del haz, tienen una cara secreta, el envés, que a veces es la más significativa. Aún conservo, en un grueso atadillo de recortes amarillentos, las noticias sorprendentes que coleccioné durante mi adolescencia, un catálogo de asombros cotidianos, de crónicas insólitas que se colaban entre el ruido de noticias efímeras, semillas que muchas veces acabaron germinando en un relato. Supongo que, durante más de tres décadas, he escrito siguiendo la definición que Walter Pater daba del Romanticismo como la suma de la extrañeza y la belleza, he escrito para aquellos que aún quieren ser sorprendidos, ver desafiada su comprensión con lo imprevisible o lo inaudito, para aquellos que se saben fatalmente atraídos por las irisaciones de lo extraño, gustan de pasear sobre el abismo, sienten todavía curiosidad –cuyo goce se ve incrementado por efecto de las resonancias de lo inquietante– o de forma puntual se encaminan a lo extraño huyendo de la realidad, que a juicio de Einstein no es más que una ilusión muy persistente. En esa frontera entre lo real y lo irreal, en ese umbral de mundos en frágil equilibrio, en ese riacho de aguas turbulentas y corrientes encontradas donde el rigor de la lógica pierde vigor, es donde suelo sentarme a pescar evidencias de cosas no vistas, a remover nuestras ancestrales angustias, temores y esperanzas, a alterar al lector que se siente cómodo o a confortar al que no nota la tierra bajo sus pies, a reconocer lo desasosegador de nuestra condición, tan excepcional como la de las marionetas atrapadas en su paraje intermedio, entre un reposo escalofriante y otro vivo y habitado. Lichtenberg, en uno de sus aforismos, situó al hombre en esa misma encrucijada: “El ser humano es, tal vez, mitad espíritu mitad materia, como el pólipo es mitad planta mitad animal. Las más extrañas criaturas siempre están en zonas fronterizas”.

La tercera de esas señales luminosas que me han indicado el camino, la tercera de esas vetas nutricias que recorren el sustrato de mi huertecillo es el sobrepasar de la imaginación. Si la extrañeza desciende sobre el lector como una noche inacabada en que la claridad de la razón se va borrando, para que esa penumbra irreal se asiente sobre su mundo precisa del brío de la imaginación, capaz de convertir a las historias en alfombras voladoras. Y ese milagroso impulso, esa poderosa excitación, ese apremio respecto a la vida imaginaria, esa pasión creativa caudalosa y libre, tienen su fuente en la juventud. Cuando escribimos los primeros libros, cuando la mente nos hervía y se encendía como un tizón que alumbraba un lugar encantado, cuando éramos capaces de ponerle herraduras al diablo, esta intensidad, esta ebriedad de la

imaginación nos hacía planear sobre las tierras y mares del tiempo, sin miedo a la gramática, la sintaxis, los anacronismos o los neologismos, nos hacía vivir febrilmente en el interior de los seductores espejismos de las ficciones. Eran los jóvenes años en que anhelábamos que lo imaginativo fuera, como en el primer Romanticismo, hermoso, loco, embelesador. Eran los años de un convencimiento absoluto: que la imaginación proporciona un sustituto soberano a la vulgar realidad de la experiencia veraz. Después, dependía de cada cual sostener esa energía para que esta no se agotara ni deviniera en un resplandor moribundo, en ceniza.

Durante milenios, una pequeña y secreta Hermandad de díscolos ha apoyado la idea de que somos criaturas hechas de imaginación (o lo que es lo mismo, de ensueños y esperanzas); de que la creatividad, ese engendrar algo donde antes no había más que vacío, es el atributo humano más excelso, emocionante e incógnito; de que solo desde la invención se puede explicar la realidad vivida; de que las historias se imaginan porque la realidad no se adecúa a nuestros anhelos; de que la cualidad suprema del hombre tal vez sea la de favorecer la posibilidad de lo imposible. Como aquel personaje de *El grillo del hogar* de Dickens que solo se sentía verdaderamente feliz al imaginar máscaras terribles, diablillos que aparecían por sorpresa, cometas-vampiro, al que la idea de una nueva zozobra le causaba un placer inenarrable y que llegó a perder dinero para procurarse asuntos infernales de linterna mágica, algunos escritores y lectores han sido tentados por las percepciones fantásticas, se han entregado con gusto a la materia dúctil de la libre fabulación a través del sencillo a la par que inefable artificio del lenguaje: en su *Poética*, Aristóteles sentencia que “la ficción es más verdadera y universal que la historia”. En *Antonio y Cleopatra*, Shakespeare sitúa estos reveladores versos, “el mundo natural aún no ha podido/ igualar los prodigios de la imaginación”. Para Baudelaire, la imaginación es la reina de las facultades. Alfred de Musset expresó bellamente que “la imaginación abre a veces unas alas grandes como el cielo en una cárcel pequeña como una mano”. Antonio Machado lo clarificó en su estrofa: “Se miente más de la cuenta/ por falta de fantasía:/ también la verdad se inventa”. El lema de Artaud rezaba: “Nunca real y siempre verdadero”. Para Einstein, “la imaginación es más importante que el conocimiento”. En uno de sus microrrelatos, el escritor satírico Stanislaw Jerzy Lec confiesa: “Soñé con la realidad. Me desperté aliviado”. Para John Banville, la invención se muestra tanto o más convincente que la verdad. Hasta Valle-Inclán escribió en 1926 que “no todo lo real puede ser demostrado científicamente”, en una carta dirigida al periódico *El Sol* en apoyo del señor Argamasilla, joven que aseguraba poseer visión de rayos X;

caso para el que la reina María Cristina constituyó una comisión de sabios destinada a estudiarlo, presidida por Ramón y Cajal. “Para ver, cierra los ojos”, aconseja el cineasta y artista Jan Švankmajer, invitándonos a renunciar a la racionalidad, a liberar una infancia interior en estado salvaje, en aras de un goce caótico y permeable a la realidad visionaria. Y lamenta que a los niños, durante su etapa de aprendizaje, los padres, la escuela y la sociedad prefieran inocularles la realidad a la imaginación. Quizá porque esta es subversiva y desobediente, una herramienta para desertar, una especie de apostasía de la realidad que indaga en lo posible, mientras que cualquier sistema social pretende la conformidad y el sometimiento a lo real y nos intenta convencer de que es lo mejor. Los neurólogos actuales dicen que esta visión racionalista y utilitarista del mundo que se ha impuesto va contra la naturaleza humana, pero nuestra civilización no parece estar interesada en la imaginación ni necesitar la creación auténtica. Lo que busca es entretener a las masas con bagatelas, falsificaciones baratas e imposturas rentables para que no piensen, abismadas en las pantallas y los escaparates. Antonio Chicharro –presidente de la Academia de Buenas letras de Granada y a la sazón profesor mío de Crítica Literaria a principios de los ochenta–, en un artículo en que abogaba por la necesidad y belleza de la ficción, escribió que “somos algo más que testigos de la realidad, somos artífices de la misma con capacidad de vivir otras vidas, de intercambiar ideas y comprender a otros al tiempo que a nosotros mismos”.

Los que no podemos evitar estar constantemente en las nubes, en Babia, en la luna de Valencia o caminar por los cerros de Úbeda, los que necesitamos aplacar de continuo el hambre de irrealidad, ser bendecidos con el polvillo mágico de lo oculto, los que estamos convencidos de que lo maravilloso es una flor cuyo perfume se da muy raramente –prensada casi siempre entre las hojas de un libro– y tenemos la certeza de que la realidad es una alucinación pavorosa con aspecto de orden, un lugar para frecuentarlo un rato pero no para vivir en él, nunca somos más libres que cuando soñamos en nuestras visitas nocturnas o diurnas al otro mundo, que cuando nos acrecemos con el dulce picor de la fantasía y el asombro, que cuando –emancipados momentáneamente de las impurezas de la realidad– nuestros espíritus vuelan férvidos y raudos por esos espacios infinitos. No se puede vivir por delegación, es cierto, pero se puede imaginar a través de otro, leyendo por ejemplo a los que depositan refulgente nácar en las sombras de nuestras vidas, hermoaséandolas. Pensemos en cuántas vidas se iluminan con las resplandecientes imaginaciones, con los fognazos que hacen ver las cosas desde otra perspectiva, con las insurrecciones

contra la banalidad cotidiana, que disipan la monotonía de este mundo prosaico mientras se mira por las rendijas de la invención en busca de lo perdido o lo escondido. De esta vocación humana, de esta facultad soñadora gloriosamente inútil nacida en las largas noches de las cavernas, bajo el ensalmo vibrante e hipnotizador de los contadores de cuentos, emergieron la Atlántida, el Jardín de las Delicias, Avalon, El Dorado o el reino del Preste Juan antes de que las grandes navegaciones redujeran el ámbito de lo fantástico y la ciencia actuara como disolvente de lo imaginario. ¿No suele decirse que el paraíso solo está en la imaginación? ¿Acaso no es factible querer estar fuera del mundo y seguirlo sin embargo muy cerca? ¿No nos permite la imaginación, como la bondad humana, ponernos en el lugar del otro? ¿Hasta cuándo –nos preguntamos con Cortázar– vamos a seguir creyendo que lo maravilloso no es más que uno de los juegos de la ilusión? El lector del siglo XVI consumía con avidez libros de caballería, aceptaba el prodigio, lo sentía como verdad posible, interpretaba su gusto, su gula de magia. El XIX ya desarrolló un público de criterios realistas y, desde entonces, no parece sino que solo se puede hablar de lo fantástico como nostalgia. Sin embargo, el fuego de los cuentos, el recibir lo insólito como un regalo, el dar vida y temblor a criaturas traídas de la nada aún nos puede calentar cuando sentimos el frío de la existencia en nuestros huesos.

En el arte, que es un mero reflejo y no la realidad misma, el realismo no tiene ningún sentido. Sabemos que al contar algo los hechos se convierten inevitablemente en ficción. Lo que caracteriza al arte es algo indefinible que te hace sentir una especie de hierofanía, una experiencia sagrada, la promesa de una revelación, una añoranza, una percepción de eternidad. Aunque la imaginación no se origine en la nada y sea una sutilísima tela de araña tendida para atrapar en su red las vivencias, ilusiones, recuerdos, sentimientos y demás partículas que contiene el aire de nuestra conciencia, intentar crear una reproducción de la realidad resulta redundante, conviene en todo caso erigir una paralela que antes no existía, ansiar un nuevo mundo contra el mundo. Pienso que está en nosotros el poder de alcanzar, con la imaginación, las hojas más altas y más tiernas, los frutos más prietos y de sabor más pronunciado. Algo que, por descontado, requiere talento y esfuerzo: No es igual decir que se ha levantado viento que decir –como hace la imaginación árabe– que el señor de los vientos es un emir dueño de tres caballos, levante, poniente y boreal, que el emir sale todos los días de paseo, galopa cambiando de caballo cuando le place, lleva consigo una larga y despeinada cola de caballo damasceno y que azuza a sus siervos hípicas con palabras enigmáticas. No es lo mismo leer un acta vaticana de beatificación que

conocer, por la pluma llena de fascinadora gracia de Álvaro Cunqueiro, los milagros de san Eflam, aquel monje que vivió otrora en Bretaña, que hacía pájaros con hierbecillas cogidas aquí y allá y los soltaba en los campos, que leía a folio abierto en libros cerrados, y que estando en Roma le llegó un olor a quemado y supo que ardía su iglesia bretona y vino volando a ella y mandó llover.

Cunqueiro, como Lord Dunsany, fue uno de esos faros que nos enseñó a soñar, a ver la realidad como un sueño maravilloso envuelto en una melancolía dorada, que hizo más luciente lo ordinario y lo puso lejos, ígneo como una piedra preciosa; uno de esos pocos que cada siglo disfrutan el corazón del mundo con tesoros quiméricos, con paraísos secretos, que iluminan todos los ámbitos con sus invenciones y logran que sea verdad lo inverosímil. Hoy, en esta ocasión que no desea ser un cónclave solemne sino una reunión de amigos en torno a Juan Herrero, una velada de escritores y especialistas en torno a la literatura fantástica (entre los que quizá se encuentren agazapados, como polizones no obstante bienvenidos, algunos partidarios de la realidad), quiero defender que la vida se muestra incompleta si en ella no tiene cabida la imaginación y que no hay mejor golosina para el gusto que una literatura anclada en lo imaginativo, esa que para Joan Perucho representaba “la pura y simple reivindicación de la poesía y lo maravilloso frente a la racionalidad excesiva de la vida”; quiero postular que, aunque el realismo arraigara funestamente en el ADN de la literatura española y lo real nos sea servido en demasiadas ocasiones de forma cruda e indigesta, hay que escribir sobre lo que se sabe pero también sobre lo otro, apropiarse siquiera ilusoriamente de lo que la vida no es capaz de procurarnos; quiero señalar que sin la reserva de libertad de la imaginación –uno de nuestros rasgos fundamentales como especie, como el instinto de querer comprender lo que sucede en la mente de los demás–, la humanidad solo poseería parcelas estabuladas, yermas, polvorientas, muertas; quiero recordar que la imaginación es tentadoramente diversa y multiforme, una caja de resonancia en la que entra cuanto sucede alrededor para luego salir transfigurado, que es la irrupción insólita de un elemento extraño en plana realidad, es el sofisticado placer que los románticos encontraban en las ruinas tupidas por el musgo (fascinaban a su imaginación porque la incitaban a completar las formas que aparecían inacabadas ante los ojos), es las otras dimensiones, es los universos paralelos, es las dispares ideas de verdad, es los mundos probables dentro de este, es la rosa del milagro que Valle-Inclán quería que floreciera, es el caldo nutritivo del que bebo, es lo que propugna la divisa patafísica por la que siempre me he regido: me esfuerzo de buena gana en pensar cosas en las que pienso que los demás no pensarán.

El escritor granadino Fernando de Villena –que valora con acierto sobre todas las cosas lo bueno, lo bello y lo verdadero sin despreciar otras maneras de arte y de letras basadas en el horror, en lo grotesco o en el fingimiento– cuenta en ese extraordinario vademécum, en ese vivísimo retablo libresco que es *127 libros para una vida* que, en su lecho de muerte, le preguntaron a Cervantes que a quién había pretendido representar en el Quijote y que él respondió: “A mí mismo y a la desdicha de la imaginación y del entusiasmo desplazados en una sociedad vulgar y falta de espíritu”.

Sea pues esta triple arcada bajo la que crecí, estas tres volátiles líneas de fuerza, sean estas tres luciérnagas glosadas –la brevedad, la extrañeza y la imaginación– como una pequeña flota ardiendo en llamas a lo lejos, como farolillos que ayuden a rasgar la oscuridad o esa densa y enojosa niebla que a menudo nos atosiga, que actúen además de acicate y de bálsamo, que permitan mirar a las estrellas desde nuestra alcantarilla y tejer la tela de lo imposible.

Sean las palabras de esta modesta conferencia una invitación a no dejar de imaginar, de soñar, de tener hambre de maravillas y de lo inesperado, de creer en sucesos fantásticos que jamás habríamos podido concebir, de estar en presencia de prodigios, de luchar contra la corriente titánica e implacable del tiempo, de aceptar que lo increíble pasó de veras.

Sean los siguientes versos del galeote Cosme Pariente, escritos en tiempos de Felipe II, los que cierren esta deshilvanada disertación: “Haré campo ancho/ la cárcel angosta,/ espuelas los grilletes,/ riendas las esposas,/ y, triste o alegre,/ viviré sin nota,/ para que me sea/ la pena sabrosa”.

Hora es ya de que concluya: Esta tarde me siento como ese Unamuno de cuyas novelas Baroja decía que no soportaba su costumbre de agarrar a cualquiera por su cuenta, acogotarlo, atarlo de pies y manos y convertirlo en un oyente mudo. Así pues, mi agradecimiento a todos los que me habéis escuchado con santa paciencia y a las pobres piedras a las que sin duda habré aburrido. Y mi anhelo de que esta hermosa Universidad de Castilla-La Mancha, además de prestigiar el saber y el laboreo de las letras, de afinar el fruto de la mente humana y elevarlo como la espuma sobre el mar de sus contemporáneos, siga siendo un órgano activo de cultura, patrimonio de todos, libre y ágil, sin imperativos, rebelde frente a la cultura oficial, que es ridícula, parsimoniosa y anticuada por definición, siga profesando con tesón y esmero el disfrute de los conocimientos, siga cultivando la concordia como flor suprema de la civilización.